

TADDEO, Lisa. *Tres mujeres*. Trad. Aitana Vega. Barcelona: Principal, 2020, 295 pp. ISBN: 978-84-17333-87-4.

En esa oquedad radiante o sombría.

En su ensayo *Cómo acabar con la escritura de las mujeres* Joanna Russ indaga en el argumentario que *per saecula saeculorum* ha degradado la escritura de las mujeres. Entre otros, analiza el argumento del «doble rasero del contenido», que desprecia la experiencia vital de las mujeres, por escasa y limitada, y su escritura, por estar confinada al ámbito privado y a las confesiones sentimentales; motivos que, por otra parte, no se suelen argüir en contra de obras como *Madame Bovary* o *24 horas de la vida de una mujer*.

En las antípodas de este sesgo escriturario, la periodista estadounidense Lisa Taddeo, que ha dedicado ocho años de su vida a bucear en la vida de numerosas féminas, antepone a su obra *Tres mujeres* una cita donde se afirma que «lo que la luz del sol nos muestra siempre es menos interesante que cuanto acontece tras unos cristales» (9), y una nota en la que explicita que su elección se ha basado «en la observación de la capacidad de estas mujeres para ser sinceras consigo mismas y en su voluntad de transmitir sus historias y compartir su deseo» (12).

Como su propio título indica, Taddeo centra su obra en tres mujeres: Maggie, Lina y Sloane. Veinteañera, treintañera y cuarentañera; vecinas de Fargo (una ciudad ubicada en Dakota del Norte), de Liberty Junction (un pequeño pueblo de Indiana) y de Newport (una zona costera de Rhode Island); soltera, separada y casada; procedentes de una familia humilde, de la clase media y de la élite neoyorkina, respectivamente; de educación católica y heterosexuales, las dos primeras; no católica y bisexual, la última. Tres mujeres en apariencia muy ajenas entre sí pero que han compartido el hecho de ser ajenas a sí mismas, un rasgo vital (¿cabría hablar de sesgo de género?) que ha signado sus andaduras y lides personales.

La historia de Maggie Wilken es a la que más páginas dedica Taddeo. Maggie es una trabajadora social, especialista en salud mental infantil, cuya biografía se ha visto marcada no tanto por

el alcoholismo de sus progenitores y el suicidio de su padre como por la «relación inadecuada» que mantuvo con el profesor Aaron Knodel en el instituto. Cuando, gracias al relato de una amiga, Maggie toma conciencia de que no es una amante desechada, de que las normas impuestas en su relación (no escribir nunca primero, vestir pantalones de chándal por facilitar ciertas prácticas sexuales, no ponerse colonia...) eran coercitivas, de que con toda probabilidad no haya sido ni la primera ni la última víctima del profesor Knodel..., su «historia de amor» (en cuyo relato abundan las reminiscencias de la novela *Crepúsculo* y la resonancias del soneto XVII de Pablo Neruda) deviene una «historia de vampiros» sin ambages literarios. Es más, Maggie decide «abrirse al cierre» y emprende un proceso judicial contra Knodel, recién nombrado profesor del año. La labor documental de Taddeo para relatar el juicio es notoria; pese a ello —recordemos que *Tres mujeres* «no es una obra de ficción» (11)—, el desarrollo y el veredicto son desalentadores. De ahí el valor que cobran las conquistas vitales posteriores de Maggie.

Por su parte, Lina Parrish es una mujer que «ha recuperado el río» (182); no solo de sus primeros esgarces amorosos, sino también del heracliteísmo. Tras su matrimonio se había convertido en una infeliz ama de casa con un complejo cuadro clínico (fibromialgia, endometriosis, síndrome de ovarios poliquísticos, trastorno de movilidad articular, nervios, ansiedad, depresión...), cuya vida era «un engranaje de desesperación rutinaria» (108-109). Pero tras un largo proceso de cuestionamiento de los procesos de introyección que la habían postergado a la consagración a los demás, la dependencia económica, el silenciamiento emocional, la soledad, un marido plano, una vida sexual insatisfactoria...; y que habían relegado sus necesidades y deseos a las «moderneces de ahora» (116), Lina consigue conquistar la lucidez sobre el origen de sus dolencias (su educación, una violación múltiple durante su adolescencia, el anhelo de un compañero...), experimentar un renacer físico y, en definitiva, poseerse a sí misma y desviarse del «camino que el mundo trazó para ella» (171). El proceso de afrontamiento de Lina es tortuoso, pero también admirable, pues hasta donde relata



Taddeo «nunca, en toda su vida, se había sentido tan viva» (311).

Sloane es una mujer fascinante que, una vez aceptada su condición de sumisa, experimenta una metamorfosis crucial y siente una satisfacción inenarrable al saber quién es y ser capaz de reconocer y velar por sus deseos. Es dueña de un restaurante de lujo. Ha nacido y vivido en una familia privilegiada. Guapa, delgada y atractiva, es además encantadora. Sin embargo, solo desde fuera todo ha parecido y parece perfecto. Desde niña nunca se ha creído digna de cariño, ha coqueteado con la pretensión de ser extraordinaria y ha conocido los estragos de la anorexia y de la bulimia. Además, con frecuencia su marido elige terceras personas o parejas para que ambos (o solo Sloane, pero siempre bajo su control o mirada) mantengan relaciones sexuales, sin siquiera respetar la preferencia de su esposa por las mujeres para estas prácticas. La primera vez, desgarradora para la protagonista, «una cosa llevó a la otra» (66), pero toda la vida de Sloane no está condenada al *laissez faire*.

*Tres mujeres* no expone estas tres historias de forma lineal e independiente a modo de crónica. En los primeros cinco capítulos se suceden los dedicados a Maggie, Lina y Sloane de forma consecutiva, pero este esquema pronto se rompe. De hecho, el número de capítulos dedicados a cada una de ellas difiere: la vida de Maggie acapara ocho, mientras que las de Lina y Sloane, seis y cinco cada una. Es más, una vez presentadas las

protagonistas, el orden no es aleatorio sino que, al modo de la técnica literaria del contrapunto, se establecen vasos comunicantes entre las tres biografías, en cuyo relato los saltos temporales, sobre todo a la infancia y a la primera juventud, son reiterados y esclarecedores.

Esta interacción también se produce entre las historias de las protagonistas y las reflexiones que sobre la vida y la muerte de su propia madre hace Taddeo en el prólogo y el epílogo. Y es que de alguna manera las biografías de Maggie, Lina y Sloane aparecen enmarcadas a su vez en el reconocimiento de la negación del deseo (personal e incluso filial) y la falta de autoridad de las mujeres sobre ellas mismas que –a través de una persecución masturbatoria en la Italia de los sesenta y un lecho fúnebre en el Estados Unidos contemporáneo– abren y cierran las páginas centrales de esta obra (por otra parte, de lectura trepidante). En realidad, las vivencias de unas y otras (a las que las lectoras sumarán las suyas propias) no son anécdotas yuxtapuestas. Pues sin duda a través de estas confesiones sentimentales Taddeo no solo recrea las historias sinceras de tres mujeres, sino que nos invita a pensar (¿o repensar?) los estragos del heteropatriarcado y a indagar en la genealogía, la evolución y las conquistas del deseo femenino.

Bárbara RODRÍGUEZ MARTÍN

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.clepsydra.2021.20.08>

